

no se concreta y restringe sólo á Nerón; extiéndose hasta Británico y hasta ti misma, que al cabo sois hijos de mi esposo, y hermano Británico y esposa tú de Nerón.

— ¡Oh! ¡Oh! ¡Oh! — decía por modo indeliberado é inconsciente Octavia, oyendo con escalofríos las promesas de Agripina, pero sin atreverse á una sola palabra más por el invencible miedo suyo á la muerte.

— Vivirás y vivirás feliz, con tal que te levantes á las alturas de tu posición, te acuerdes del deber que te impone tu dignidad y tomes, así en el trono cual en el tálamo de Nerón, la parte que corresponde á tu derecho.

— ¿Y cómo se hace todo eso?

— Con un poco de verdadero esfuerzo por tu parte y un mucho de verdadero auxilio por mi parte á ti. Vivirás, y vivirás feliz.

— ¡Vivir! ¡Vivir! ¡Vivir! ¡Cuán difícil cosa en estos altos palacios desnudos de vida y cubiertos de hielo como en el mundo las vertiginosas alturas!

— ¡No has de vivir si quieres!

— ¡Ay, Agripina!

Y la pobre Octavia movía de una manera maquinal su cabeza con movimientos negativos.

— No lo dudes — le decía por su parte Agripina.

— ¡Cuántas veces desde mi litera he visto á la mísera mujer del pueblo segura de su existencia, segura de su hogar, segura de su familia, segura de su honra; mientras nosotros, porque se halla entroncado este palacio con el Olimpo y porque nacióramos hijos de gentes á quienes se les asegura, no ya la inmortalidad verdadera del nombre y del alma, la naturaleza divina en sí, no vivimos, no podemos asegurar que mañana seamos de este mundo; tenemos que dormir con zozobra y que levantarnos con extrañeza de haber arrancado un día más á la muerte que nos amenaza de continuo, y cuando alguien á las puertas llama, nos imaginamos ver el esbirro que nos ha delatado con cualquier calumnia, seguido del verdugo que debe descabezar nuestro cuerpo y del sayón que debe sepultarlo!

— Octavia, no pienses eso.

— ¿Cómo que no piense eso? Pues, de haber nacido en las últi-

mas centurias populares, yo tendría madre, yo tendría la seguridad completa de que sólo por muerte natural mi Británico se separaba de mi lado; yo poseería un marido fiel y amante; pero nada debo esperar aquí donde vivimos bajo el mismo techo con la envenenadora Locusta y proyectamos dondequiera que nos volvemos una sombra de muerte.

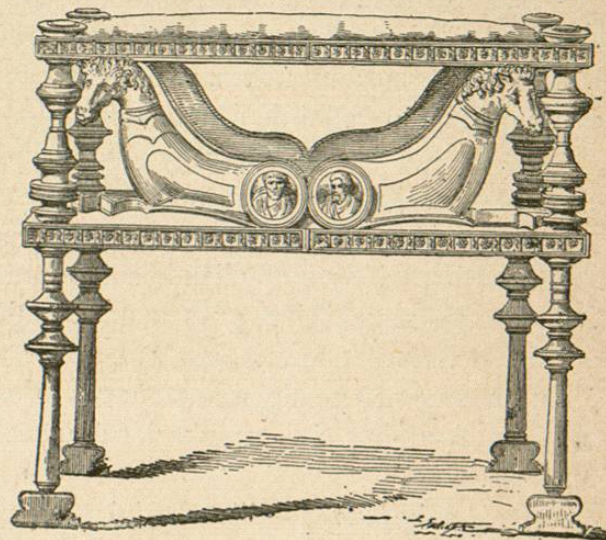
— Pues todo eso puede remediarse con que tú resuelvas apoderarte del dominio que te corresponde sobre tu esposo.

— Bien quisiera; mas no veo el camino conducente á tan deseado logro.

— Tu marido está prendado, como ya sabes, de una extranjera, de una triste asiática, de una esclava, y en el desvarío suyo quiere hacerla, no

sólo su mujer legítima, sino sacerdotisa de nuestros dioses y emperatriz de nuestro Imperio.

— No creo que se atreva nunca jamás á eso por temor, y únicamente por temor, al pueblo y al ejército y al Senado. En mis angustias mayores he visto siempre que la familia cesárea, y en la familia cesárea sus menores príncipes, gozan de un gran favor en el pueblo, incapaz de olvidar cuanto por él han hecho los divinos abuelos César y Augusto. Nuestros enemigos, Agripina, están en las clases mismas á que nosotros pertenecemos, en la clase patricia. Los nobles no perdonarán á la dinastía Julia que les haya quitado la República, donde se pavoneaban ellos, y haya extendido la colina del Palatino en su poder absoluto hasta el foro, velando la tribuna de los Rostros, donde hablaban ellos, y haya convertido el Senado, en la cámara, desde cuyas sedes curules go-



Silla curul

bernaban ellos, en triste sucursal del Imperio. Y aún están las patricias más exaltadas contra nosotros que los patricios mismos. El horror de Porcia, la mujer de Bruto, la hija de Catón, al divino Julio César, se transmite á todas las nobles damas de Roma que leen los versos de Lucano con fervor, y pondrían en los puños de su descendencia los puñales con que fué inmolado el primer César para que nos exterminasen á todos sus herederos y sucesores.

— Tienes razón. ¿Y adónde vas con todo eso?

— A decirte una cosa muy sencilla. Puesto que nunca Nerón habrá de quererme á mí nunca, y, por consecuencia de no quererme, nunca Nerón habrá de convivir conmigo, yo, que repugno por instinto ser querida por fuerza y que comprendo por necesidad como él habrá de tener entre tantas mujeres una predilecta, pre-prefiero sea esclava, siria, una extraña, porque no podrá soñar con elevarse al imperio, y no pudiendo soñar con elevarse al imperio, no pediré mi repudiación, pues aunque mujer de Nerón y emperatriz de Roma honoraria, por este honor vano muchas gentes perpetran crímenes y exigen holocaustos. No me importaría la repudiación, Agripina, si la repudiación á su vez no trajese aparejada la muerte.

— Parece imposible — dijo Agripina, muy molestanda con su nuera — que discurras así por el grosero instinto de vivir y por el desapoderado deseo de tu conservación personal. Aunque creas que Acté no debe soñar con el imperio, sueña indudablemente. Aunque te la figures modesta, es orgullosa y soberbia. El demente de tu marido le ha hecho creer en una gran ascendencia de reyes y le ha dado caracteres de diosa. Como buena oriental pertenece á esas sectas de Oriente á quienes unos creen comedoras de carne humana, y á quienes otros atribuyen la superstición infame de unos ritos en cuyas prácticas se comen á su propio dios, y digiriéndolo con agua y vino mezcladas en unas copas que denominan cálices. Y la deja Nerón, el descendiente de Venus, el que ocupa la plaza de Júpiter aquí bajo, el que ostenta divina estirpe, creer en esas supersticiones ridículas y prácticas en sí tan infames.

— Pues me han dicho á mí que son buenas gentes esos esclavos y que las mujeres tienen una humildad ejemplar.

— ¿Quién te ha dicho eso? Buena está la ejemplaridad moral de

la dichosa Acté. Le gustan como á una Cleopatra las joyas. Y tu marido le satisface á maravilla el gusto. Ha entrado en mi tesoro Nerón cual entraran los galos en el Capitolio. Ha cogido cuanto le ha demandado el gusto. Y todo pasó al poder de Acté. Imagínate qué cara pondría yo, viéndola salir del teatro con las alhajas de mi madre puestas en su pecho. Unas perlas mías brillaban en aquella garganta. Viéndolas allí á ellas, me causaron efecto igual á si hubiese visto una víbora enroscada en mi cuello. Perdí la luz de los ojos. Me atravesó escalofrío terrible todo el cuerpo. Tuve que agarrarme á la litera para no caer ante todo aquel público en síncope angustiosísimo. Créete que al verte á ti, de mi propia sangre, como una sierva tratada, y al ver á la sierva infame Acté, de sangre siria, tratada como una emperatriz, todos mis instintos se sublevaran, todas mis pasiones despiertan, y me asalta una sed tan intensa de venganza que no sé cómo puedo contenerme sin dar cuenta de la canalla criminal que mancha el tálamo y el trono de los césares. Y veo tu indiferencia, Octavia, y veo tu sumisión á indignidades así, veo tu frialdad ante tal incendio con dolor profundísimo, pues de ti esperaba el remedio.

— ¿Qué remedio cabe á males tan profundos, Agripina? No conozco ningún cauterio á tal gangrena. Y si existe, no está en mí. Yo soy una pobre muchacha que, habiendo visto morir á todos los suyos, no quiere morir de muerte prematura y desea vivir vida larga. Imposible impedirte que uses de mi nombre y del nombre de mi hermano á tu guisa; pero entre mi hermano y yo encontrarás mucha diferencia. Él, como varón, se revuelve contra la indignidad que nos abrumba; yo, como mujer, me resigno á ella. Él pugna, yo sufro. Él protesta, yo callo. Él quiere pelear, yo quiero vivir. Él propende á las terribles ascensiones, yo propendo á bajar. Él sueña con copia de riquezas y posesión de mandos, yo sueño con un hogar limpio en que un marido modesto me amara y me bendijeran unos hijos lactados y criados por mí. Pero como todo esto no pase de sueño, á cuya realización se oponen mi estirpe, mi dignidad, mi sangre, la familia en que naciera, la honorífica posición que ocupo, confórmome con el estado que hoy tengo, y no quiero cambiarlo por temor de que, repudiándome el emperador y el esposo, tope con el esbirro y el verdugo. Británico, ansioso de lucha,

embarcaráse con facilidad suma en cualquier barco, provocador de la tormenta; deseosa yo de paz, no pienso en otra cosa que en granjearme un reposo, dentro del cual mi vida corra serena y perdure mucho tiempo. Haz tú aquello que gustes, Agripina, mas no cuentes conmigo para nada. Yo no podré secundarte ni en aquello siquiera que intentes á favor mío. He visto morir á tantas jóvenes en torno de mi persona, que temo correr la misma suerte. Andamos sobre flores tronchadas por los esbirros implacables. No te cures, pues, de mí, Agripina; déjame vivir, aunque la vida pase prisionera entre los hierros de una jaula. Por culpa mía no se despertará ninguno de los monstruos ahora dormidos en torno mío. Deduzco de todo cuanto hemos hablado que no corres bien ahora con el emperador: allá te las compongas á tu gusto y grado. Estoy segura de que Británico te ha dicho que cuentes con él; pues Octavia te repite que no cuentes con ella, no. Adiós.

Maltratada y mal herida la emperatriz por aquellas resistencias de Nerón á compartir el poder con ella, tan solemnemente mostradas en la recepción de los embajadores armenios, había ideado el diabólico plan de castigarlo, haciéndole compartir su trono con Británico, su tálamo con Octavia, y tras las sendas entrevistas, sin pararse para cosa ninguna en barras, habíalo dispuesto y arreglado todo de la manera más vejatoria para su hijo y más conducente á oprimirlo y vejarlo. El primero de los recursos á que apelaba cuando se ponía con empeño á domesticarlo, como á las fieras el domador, consistía en sermonearle sin tregua ni descanso, poniéndole los nervios todos de punta, como decimos de los cabellos cuando se levantan y erizan. Y confesemos había tema para sermones largos en los dos proyectos de Agripina. El hermano de Nerón, el infeliz Británico no podía continuar menospreciado más tiempo. Enteradísimas las legiones pretorianas de su posición subrogada é inferior, podían muy bien levantarse con cualquier motivo contra el emperador y ponerle sobre los escudos al émulo cuyas sienes rodeaba una poética leyenda, radiante de recuerdos muy propios á traerle prestigios peligrosos al príncipe reinante. No había, según Agripina, vuelta de súbito en favor suyo, después de haberle arrancado la corona y amenazar con arrancarle también la vida, no había otro remedio sino desarraigarlo de

la corte como se desarraiga del campo dañina planta, ó subirlo hasta el trono y darle coparticipación activa en el Imperio. La extirpación quizás á la larga resultase más provechosa, pero traía consigo en el momento aquel tan graves peligros, que precisaba optar por el segundo extremo; y para optar por este segundo extremo, pintaba la emperatriz ante los ojos del emperador las gracias y el ingenio de Británico, su influjo en la corte, su destreza en la palabra, su perseguida juventud que le trajera tantos amigos, los nombres que resplandecían en él y que despertaban recuerdos muy atractivos, así en la opinión del pueblo como en la opinión del ejército, un poco disgustados con Nerón, á causa de su gobierno mismo, el cual despojaba, como toda realidad, á los antes ilusos y esperanzados, así de sus ilusiones como de sus esperanzas. Por tanto, después de haber cometido Agripina mil crímenes requiriendo para Nerón el poder único y absoluto, encontrábase con que debía volver sobre sus pasos y buscar en las propias víctimas hechas para logro de tal intento frenos con que retener y botones de fuego con que domar al ingrato y rebelde. En los ambiciosos ensueños suyos, cuando le parecía estrecho el mundo en su ambición y pequeña la corona única para sus amplias sienes y corto el trono aquel que aparecía como el pináculo más elevado de la tierra, molestándole hasta una madre cuyos empeños le habían traído todo aquello, imaginad lo que le parecería la proposición de compartir tales tesoros con el mismo á quien en gran parte se los había robado, con el odioso y cuitadísimo Británico, quien vivía y respiraba por su imperial misericordia. Pero todavía peor el plan de tratar á Octavia como una verdadera esposa. Ya lo hemos dicho: repugnábale aquella infeliz joven con una repugnancia invencible. Para convenir en que Británico apareciese como su colega, sólo había menester una victoria sobre repugnancias morales; para convenir en que Octavia fuese su mujer, necesitaba superar insuperables repugnancias físicas mucho menos sujetas á su voluntad que las repugnancias morales. A la vista fea, y al olfato mal oliente, y al oído disonante, y al corazón repulsiva; no estaba, no, en su mano contrastar todos estos incontrastables contrastes que le desatinaban y le ponían como fuera de sí, en actitud verdadera de loco atado y de perro hidrófobo. A esto se

unía una pasión por Acté, que, aun gastada por las satisfacciones y el uso, como que ya se había enredado en los lazos y trampas de otra mujer, cual veremos pronto, se reanimaba de suyo á la contradicción y tomaba la intensidad devoradora propia de los primeros tiempos. El altercado entre hijo y madre debió tomar proporciones terribles, por la convicción en Agripina de que todo cuanto Nerón en el mundo era se lo debía á ella, y la convicción en él de que su madre le armaba tales conflictos por lo hecho con las embajadas armenias en evitación de que lo ridiculizase con mortal ridículo ante todas las gentes, haciéndoles ver como en el romano imperio no mandaba un hombre, mandaba una mujer. Lo cierto es que tras las dos entrevistas con sus dos entenados, Octavia y Británico, ya muy largas, duró mucho tiempo la entrevista en que notificó á su hijo con toda solemnidad y toda franqueza, reprimiéndole y aun amenazándole, cuanto en favor de los dos ideara. La costumbre de obedecerla se había por tal manera sobrepuesto á todas sus facultades nativas, que no fué osado el emperador á contradecirla, ni siquiera cuando le ponía con desnudez ante su vista cómo le rebajaban los amores con Acté en el concepto de la sociedad romana y cómo podía serle tan funesta una mujer así, cual á Marco Antonio fué la serpiente del Asia, la hechicera Cleopatra. Y menos la contradijo todavía en aquello que más le contrariaba, en la evocación hecha con arte por ella de todo cuanto le debía en este mundo Nerón, como queriendo persuadirle á creer con ella que no había hecho él nada, que no era él nadie. Lo cierto es que, acabado el tormento, la conversación de Agripina con su hijo, fué Nerón en busca de su consejero Séneca y desahogó su alma en los términos que veremos ahora.

— No paso por eso — decía Nerón á Séneca en tono afirmativo muy resuelto.

— ¡Qué mujer! — decía Séneca en una admiración irónica.

— Entre obedecer á mi madre como á la mano el bastón, ó irme de Roma, no vacilo un minuto; me voy de Roma.

— Pero ¿dónde irás que más valgas?

— Hace mucho tiempo estoy enamorado de la isla de Rodas.

— Te prendas tú y enamoras de tantos seres y objetos, que no te conocía ese amor más.

— ¿Qué quieres? Entre tantas islas, ésa es la que impera en mi ánimo.

— Irte de César á Rodas, no te lo consentiría la ciudad; irte de simple rodio, no te lo consentiría Séneca.

— ¿Qué hago?

— Comprender lo sublime de tu ministerio y no caer en voluntariedades y arrebatos que son verdaderas muchachadas, indignas del cargo que has echado sobre tus espaldas.

— Pues por lo mismo, por abrumadoras, no pueden soportar las cargas que les echa encima tan sin razón mi madre.

— Veámoslas.

— ¡Si parecen imposibles!

— ¡Habla, hombre, habla con calma y sin atropellarte!

— Yo creí siempre que, al desvivirse tanto la emperatriz por granjearme dignidad como el imperio, trataba de que fuese yo un emperador verdadero. No podía figurarme lo que maquinaba: ponerme á mí en ridículo y alzarse con en el imperio ella.

— Me sorprende tu sorpresa.

— Que vaya y gobierne directamente.

— Eso es difícil.

— Pues, de continuar queriendo que gobierne yo en su nombre, abdicó, abdicó, abdicó.

— No harás tal.

— Vaya si lo haré.

— No lo creo.

— Te lo vuelvo á decir; la isla de Rodas será conmigo.

— No podrá ser contigo la isla de Rodas.

— ¿Por qué?

— Porque no lo consiente tu cargo.

— Pero qué cargo, ni qué niño muerto, si yo no puedo desempeñarlo con tal madre.

— Pues lo desempeñarás.

— Te juro que no.

— Pues no tendrás más remedio.

— Si el ser César quiere decir que todos manden menos yo, sea en buen hora. No quiero ser César, no quiero, no puedo, no debo, no me es posible, no me da la gana.

— Tienes razón. Un César lo llena todo porque todo lo puede. Su voluntad no encuentra límite alguno dentro de lo posible. Obedientes los pueblos, fidelísimas las legiones, el Senado sumiso, la tribuna silenciosa, completamente suyo el universo, no hay quien pueda disputarle tan grande autoridad, cuyas facultades se dilatan hasta sobre los dominios de la muerte. Los dioses mismos tienen que reconocerlo así, los dioses, pues ni ellos matan como un César mata. Rodéate por esto divina luz que ciega. La justicia te inmola conspiradores como en el altar se inmolan víctimas. Ni siquiera quien por tus órdenes muere, te maldice, pues nadie tiene derecho á juzgar tus actos, ni comentar tus palabras. Sólo tú puedes matar ó salvar á un hombre según tu grado y sin detrimento alguno de las leyes.

— Me dices eso, yo lo siento, lo pienso, lo creo cual tú, siquier no sepa decirlo tan bien, y luego tropiezo con todo género de obstáculos cuando quiero hacer mi voluntad, y me veo más esclavo que todos los esclavos juntos, oyéndome llamar en todas partes por todos los hombres amo y señor. ¡Buen poder el mío! Una madre todopoderosa lo ejerce á su arbitrio sin dejarme humilde partículilla siquiera. Del poco que me resta quiere hacer todavía mangas con capirotos, obligándome á entregar larga compartición al más odiado y odioso de los hombres, á Británico, que no cabe conmigo en el mundo por traerme con su aparición á la memoria todo cuanto hemos hecho para granjearnos el imperio; y con traernos esto á la memoria, nos trae á la conciencia muy agudos remordimientos, los cuales como espigas se nos clavan en el alma, hecha con ellas un erizo monstruoso. Luego el poder que tiene cualquier macho de optar por su hembra no lo goza un César. Yo debo contra mi voluntad convivir con Octavia, sufrirla todo el día, junto á mi cuerpo acostarla en el mismo tálamo toda la noche, verla cuando abra los ojos, verla cuando los cierre, oirla sin descanso y hasta olerla, magüer que todo en ella me contraría, me repugna, me tira de espaldas.

Y Nerón, dominado por la cólera, echaba relámpagos de los ojos y babas de los labios. Sus manos se crispaban como á una epilepsia. Corría de un punto á otro en aquel salón al mismo tiempo que hablaba. A primera vista se le hubiera tomado por demente

convulso. Relampagueante la vista, los pómulos rojos, las quijadas apretadísimas, la barba trémula, fatigosa la respiración, martilleábanle golpes innumerables el corazón y las sienas, obligándole á retorcerse como en un acceso de súbita demencia. No hablaba, rugía. Resollaba el pecho como fragua. Un jabalí asaeteado, un tigre perseguido, un león calenturiento, un tigre acorraladísimo quizás hubieran dado idea del estado á que Nerón llegara por las proposiciones de Agripina y por su evocación de tales proposiciones en presencia de Séneca, impasible como una estatua y disertando en sentido general y abstracto sobre todo aquello, como si nada real sucediese que le tocase de cerca. El volcán de las pasiones de Nerón junto al ventisquero de las ideas del filósofo componía el más extraño contraste que puede imaginarse, pues ni el hielo apagaba el fuego, ni el fuego, no ya derretía, ni ablandaba siquiera el hielo. Así, mientras Nerón relampagueaba, tronaba, volvía su cuerpo de un lado á otro, mesaba los propios cabellos, el impasible Séneca, muy dado á disertar, poco dado á sentir, discurría con abstracta elevación acerca de afecto como la cólera, importándole un ardite todo cuanto en su rededor sucedía.

— No entregues, Nerón, á la cólera tu alma. Comprendo lo grave de la ofensa; pero te pido medites lo peligrosísimo de la venganza. Quien tiene la facultad, ¡oh!, debe contener muchísimo el deseo de castigar. Así como no llegan al sol, no, las nubes, no llegan al emperador las ofensas. Modérate. Todos los animales se enrabian, pero sólo uno, el racional, perdona. Tú no eras de natural colérico. Puedes tú sentir cóleras; no puedes tener continua cólera. A ningún mortal, á ninguno, le cuadra la ira y menos á un magistrado cual tú. Agota las palabras antes de resolverte por los actos. Amaga y no des. No quiero que ahogues tus indignaciones como no quiero que desmientas tu valor. Mas conviene dejar aquéllas para el crimen y para la guerra éste. Se proscriben las cosas malas con mayor facilidad que se gobiernan. Para el castigo basta un minuto fulminante; para el remedio se necesita mucho tiempo. No castigues sino convencido por la experiencia de que marra el remedio. Aun á los más criminales no puedes castigarlos con el hierro sino cuando desesperes de atraerlos á la virtud con el reclamo de tu benevolencia. En tal caso aparece misericordia sublime la última